

SOBRE LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS

En el número 47 de la prestigiosa revista sobre historia de España “Historia de Iberia Vieja”, Iván Rámila fundamenta su análisis sobre la expulsión de los moriscos, de cuya apertura se lloraría este año el 400 aniversario, en lo ya mantenido por Gregorio Marañón muchos años atrás; es decir renueva una vez más las tesis a las que la derecha española es tan proclive: la expulsión fue inevitable y un mal menor al que Felipe III y sus ministros se vieron abocados en contra de su voluntad después de numerosos intentos de asimilación de los moriscos, los cuales eran taimados, falsos, traidores y defensores de su religión y cultura, ambas cosas de carácter ofensivo para los cristianos. Por otra parte, Rámila da claramente a entender en su artículo que los casi un millón de moriscos expulsados no eran sino campesinos que, aunque mantenían gran parte de la economía agrícola del país, difícilmente contribuían en nada a los altos pensamientos científicos, artísticos y filosóficos de los godos y visigodos medievales españoles.

Sin embargo, pocos meses antes de caer asesinado por las oscuras fuerzas del fascismo en su Granada, Federico García Lorca respondía a una serie de preguntas que le hizo el periodista y caricaturista feroz Luís Bagaría para El Sol de Madrid. Preguntas que el poeta contestó por escrito. Entre ellas, Bagaría quiso conocer la opinión del poeta sobre la Toma de Granada por los Reyes Católicos a lo que Lorca respondió con las siguientes palabras: “Fue un momento malísimo, aunque digan lo contrario en las escuelas. Se perdieron una civilización admirable, una poesía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo, para dar paso a una ciudad pobre y acobardada; a una tierra del chavico, donde se agita la peor burguesía de España”.

Otro insigne granadino, Francisco Ayala, comenta en sus Relatos Granadinos hablando de la Toma: “No sé por qué, esa ceremonia, a la que nos llevaban como a una alegre diversión, me inundaba de tanta tristeza”, comentado más tarde algunas lecturas que le hicieron apreciar el mundo andalusí, para terminar preguntándose: “¿Bastarían esas cosas para hacerme amarga la conmemoración de la toma de Granada por los Reyes Católicos –una amargura, por lo demás, nunca confesada a nadie–?”. ¿A quienes les daríamos mayor crédito, a Marañón y Rámila o a Ayala y Lorca? La cosa no admite dudas, al menos para nosotros.

Y es que lo que Marañón y sus seguidores parecen olvidar son dos cosas esencialmente: la convivencia pacífica que existió entre las tres culturas – musulmana, cristiana y judía - en los territorios de la Península dominados política y militarmente por los árabes y la solemne contribución de los musulmanes españoles al legado científico, artístico y cultural de nuestra patria;

un legado que trasciende ampliamente nuestras fronteras y al que los cristianos alegremente parecen renunciar como si ellos fueran los únicos españoles que hubieran habitado Iberia o su contribución científica y cultural hubiera sido tan inmensa que pudieran haber prescindido de semejante ayuda morisca. Esta renuncia posee un origen claramente racista y adquiere realmente un carácter de lesa estupidez que apuesta claramente por la incultura, toda vez que los bárbaros del norte y los rumies del este no contribuyeron en nada o casi nada a la evolución científica, artística y cultural emprendida por el Renacimiento.

La negación de españolidad a los moriscos, acompañada con frecuencia con la acusación de “quintacolumnistas” de pérdidas potencias extranjeras del momento, Francia y Turquía, sobre todo, es injusta por muchas razones, la menor de las cuales no es, por cierto, el haber abandonado a nuestros grandes hombres de religión islámica a merced del expolio de sus grandes ideas y creaciones por parte de oficialmente geniales personajes europeos tales como Copérnico, Galileo, Newton, Leonardo da Vinci, etc. Puesto que no eran de ninguna parte y que nadie los respeta o defiende, gentes sin escrúpulos pudieron “legalmente” apropiarse de sus descubrimientos e invenciones sin el menor temor al castigo espiritual, físico o intelectual al que tanto se habían hecho acreedores. En la alegoría astronómica-intelectual que acompaña a este comentario se presentan unos pocos ejemplos que ilustran lo que acabamos de decir.



Sintamos la vergüenza y el arrepentimiento que corresponden a nuestras

auténticas barbaridades históricas (no a las verdaderas gestas y hazañas únicas y magníficas que sólo la perfidia o la actitud interesada de nuestros enemigos convierten en salvajadas y de las que nosotros bobaliconamente somos muchas veces los principales valedores) y dispongámonos por ello a no repetirlas, pues si malo es desconocer la historia, mucho peor es reinterpretarla de forma malintencionada en base a presupuestos falsos y deleznable que, ahora ya de cierto, nos conducirán sin duda a caer en los mismos errores y terribles pecados en el futuro.